

Caballeros de Colón presenta
La Serie Luke E. Hart
Elementos Básicos de la Fe Católica

LA RESURRECCION DEL CUERPO

PRIMERA PARTE • SECCIÓN NUEVE DE
CRISTIANISMO CATÓLICO

¿Qué cree un católico?
¿Cómo rinde culto un católico?
¿Cómo vive un católico?

Basado en el
Catecismo de la Iglesia Católica

por
Peter Kreeft

Editor General
Padre Gabriel B. O'Donnell, O.P.
Director de Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón

Nibil obstat: (provisto para el texto en inglés)
Reverend Alfred McBride, O.Praem.

Imprimatur: (provisto para el texto en inglés)
Bernard Cardinal Law
19 de diciembre de 2000

El *Nibil Obstat* y el *Imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o cuadernillo está libre de error doctrinal o moral. Estas autorizaciones no implican de forma alguna que quienes han otorgado el *Nibil Obstat* y el *Imprimatur* estén de acuerdo con el contenido, las opiniones o las declaraciones expresadas.

Derechos de Autor © 2001 del Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
Todos los derechos reservados.

Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica* están tomadas de la traducción al español del *Catecismo de la Iglesia Católica, Segunda Edición: Modificaciones basadas en la Editio Typica*, Derechos de Autor © 1997, United States Catholic Conference, Inc.-Librería Editrice Vaticana.

Las citas de las Escrituras contenidas aquí están adaptadas en la versión en inglés del Revised Standard Version of the Bible, copyright © 1946, 1952, 1971, y de New Revised Standard Version of the Bible, copyright © 1989, por la División de Educación Cristiana del Concilio Nacional de las Iglesias de Cristo en los Estados Unidos de América, y se utilizan con autorización. Todos los derechos reservados.

Para la versión en español se ha usado la Biblia de Jerusalén, © Desclée de Brouwer, Bruxelles, (Belgium).

Los pasajes en inglés del Código de Ley Canónica, edición Latina/Inglés, se usan con autorización, derechos de autor © 1983 Canon Law Society of America, Washington, D.C.

Las citas de documentos oficiales de la Iglesia, en la versión en inglés, de Neuner, Josef, SJ, y Dupuis, Jacques, SJ, eds., *The Christian Faith: Doctrinal Documents of the Catholic Church*, 5ta ed. (New York: Alba House, 1992). Usado con autorización.

Citas en inglés del Concilio Vaticano II: *The Conciliar and Post Conciliar Documents*, New Revised Edition editada por Austin Flannery, OP, derechos de autor © 1992, Costello Publishing Company, Inc., Northport, NY, se usan con autorización de la editorial, todos los derechos reservados. Ninguna parte de estas citas puede ser reproducida o transmitida por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o archivada en un sistema de reproducción sin el permiso específico de Costello Publishing Company.

Para esta versión en español, los textos del Concilio Vaticano están tomados de Documentos Completos del Vaticano II, derechos reservados © Editorial: El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, España.

Portada: © The Crosieres / Gene Plaisted, OSC

Ninguna parte de este cuadernillo puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o archivada en un sistema de reproducción sin el permiso escrito del editor. Escribir a:

Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
P.O. Box 1971
New Haven, CT 06521

Impreso en los Estados Unidos de América

UNA PALABRA SOBRE ESTA SERIE

Este cuadernillo es uno de una serie de 30 que ofrece una expresión familiar de elementos principales del *Catecismo de la Iglesia Católica*. El Papa Juan Pablo II, bajo cuya autoridad se publicó el *Catecismo* en 1992, instó a que se prepararan versiones de esta naturaleza para que cada pueblo y cada cultura puedan apropiarse de su contenido como si fuera suyo.

Los cuadernillos no sustituyen el Catecismo, pero se ofrecen sólo para hacer más accesible su contenido. La serie es a veces poética, familiar, festiva e imaginativa; en todo momento busca ser fiel a la fe. A continuación los títulos de nuestra serie.

Parte I: Lo que los católicos creen (Teología)

Sección 1: Fe

Sección 2: Dios

Sección 3: Creación

Sección 4: La persona humana

Sección 5: Jesucristo

Sección 6: El Espíritu Santo

Sección 7: La Santa Iglesia Católica

Sección 8: El perdón de los pecados

Sección 9: La resurrección del cuerpo

Sección 10: La vida eterna

Parte II: Cómo rezan los católicos (Culto)

Sección 1: Introducción a la liturgia católica

Sección 2: Introducción a los sacramentos

- Sección 3: Bautismo y confirmación
- Sección 4: La Eucaristía
- Sección 5: Penitencia
- Sección 6: Matrimonio
- Sección 7: Orden y Unción de los enfermos
- Sección 8: Oración
- Sección 9: El Padre Nuestro
- Sección 10: María

Parte III: Cómo viven los católicos (Moralidad)

- Sección 1: La esencia de la moralidad católica
- Sección 2: La naturaleza humana como base de la moralidad
- Sección 3: Algunos principios fundamentales de moralidad católica
- Sección 4: Virtudes y vicios
- Sección 5: Los Tres Primeros Mandamientos: Deberes hacia Dios
- Sección 6: El Cuarto Mandamiento: Moralidad familiar y social
- Sección 7: El Quinto Mandamiento: Temas morales sobre la vida y la muerte
- Sección 8: El Sexto y Noveno Mandamientos: Moralidad sexual
- Sección 9: El Séptimo y Décimo Mandamientos: Moralidad económica y política
- Sección 10: El Octavo Mandamiento: La verdad

SECCIÓN 9: LA RESURRECCIÓN DEL CUERPO

1. La importancia de la muerte

Nada nos recalca tanto la importancia y valor de la vida humana que la muerte. Casi nunca apreciamos la vida hasta que nos damos cuenta de lo frágil que es, cuando la muerte nos separa de los amigos y familiares.

“...[E]ste aspecto de la muerte da urgencia a nuestras vidas: el recuerdo de nuestra mortalidad sirve también para hacernos pensar que no contamos más que con un tiempo limitado para llevar a término nuestra vida” (C 1007). El salmista reza: “¡Enseñanos a contar nuestros días, para que entre la sensatez en nuestra cabeza!” (Sal 90,12). Si usted supiera que sólo le queda un año de vida - o sólo un día - ¿no viviría de diferente manera? Entonces, ¿por qué no vivir de esa manera ahora? ¡Vive como si éste fuera tu último día - porque podría serlo, y con certeza un día lo será!

Samuel Johnson dijo: “No conozco ningún otro pensamiento que clarifique más maravillosamente la mente del hombre que el pensar que él será ahorcado (ejecutado) a

la mañana siguiente”. Cuando pensamos en nuestra (¡inevitable!) muerte, las cosas triviales ya no parecen importantes y las cosas verdaderamente importantes ya no nos parecen triviales. La muerte clarifica nuestra perspectiva, agudiza nuestra visión y lleva toda nuestra vida a un punto como la única cima de una montaña de muchos lados. La muerte nos enseña toda la verdad de las palabras de Jesús: “Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola” (Lc 10,41).

Esa “sola cosa” es Dios, y - para nosotros - nuestra relación con Dios. Sólo Dios es eterno, y sólo nuestra relación con Dios es eterna. Sólo Dios es necesario en su propio ser, y sólo nuestra relación con Dios es absolutamente necesaria para *nuestro* ser. De todo lo demás es cierto decir: “Esto también pasará.” Sólo Dios permanece.

2. ¿Qué sabe la Iglesia sobre la muerte?

Yo, el autor desconocido de este cuadernillo, estoy escribiendo más como discípulo de Jesús y de su Iglesia, que en mi propio nombre. Yo no conozco ningún dato específico sobre usted, el individuo que lee estas palabras en este momento. Yo no conozco su vida actual, si es usted creyente o no creyente, santo o pecador, viejo o joven. Yo no conozco su pasado, si su vida ha estado llena de penas o llena de alegrías. Yo no conozco su futuro, cómo será el resto de su vida en este mundo, o si usted pasará la eternidad en el cielo o en el infierno. Yo sólo sé con certeza un hecho concreto sobre usted: usted morirá.

La Iglesia también sabe eso sobre usted; pero la Iglesia también sabe el significado de muerte. La Iglesia se acerca a usted como un reportero de un periódico con un sorprendente informe de Buena Nueva sobre la muerte y vida después de la muerte del Hombre que alegaba ser Dios

y lo probó resucitando de entre los muertos. El escéptico pregunta: “De todos modos, ¿qué sabe usted de la vida después de la muerte?” “¿Ha estado allí alguna vez?” Y la respuesta católica es: “No, pero conozco a Alguien que ha estado allí y yo creo en Él”. Nosotros los católicos lo conocemos a *Él* – eso es lo que sabemos esencialmente y la razón esencial para ser católico – y por lo tanto, conocemos el significado de la muerte, por *su* testimonio, *sus* apóstoles y sucesores, la Iglesia.

3. ¿Por qué morimos?

La primera parte de la sabiduría de la Iglesia sobre la muerte concierne su *origen*. ¿Por qué morimos? ¿Cómo entró la muerte al mundo?

Estas son las “malas nuevas” del pasado, que viene antes del Evangelio, que es la “buena nueva” sobre el futuro, sobre nuestra conquista de la muerte por medio de Jesucristo.

La buena nueva es que Cristo es el Salvador tanto del pecado como de la muerte, el Salvador de ambos, alma y cuerpo. Pero, así como la “buena nueva” de salvación del pecado presupone la “mala nueva” del pecado, también la “buena nueva” de salvación de la muerte presupone la “mala nueva” de la muerte.

¿Por qué morimos? La Iglesia nos da tres razones. La primera es natural, la segunda no natural y la tercera sobrenatural.

- 1) “En un sentido, la muerte corporal es natural...” (C 1006), porque tenemos cuerpos animales. No somos ángeles o espíritus puros. Somos “*animales racionales*”.
- 2) “[P]ero por la fe sabemos que [la muerte] realmente es ‘salario del pecado’ (Rm 6, 23)⁵⁵³” (C 1006), y por lo tanto, no natural. “Porque Dios no hizo la muerte ni

se alegra con la destrucción de los vivientes” (Sb 1,13). Dios originalmente hizo al hombre libre de la muerte, pero cuando probó al hombre y el hombre falló la prueba, el hombre cayó en la muerte (Gn 3, 3,19). La causa de la muerte es el pecado (Rm 6,23).

Esto no es tan increíble como parece ser para tanta gente hoy. Está confirmado por la razón, por mitos antiguos y por la psicología moderna. Por la razón, porque el pecado es separación de Dios y Dios es la fuente de toda vida. Por los mitos antiguos, porque ellos enseñan el mismo punto: que el hombre una vez fue inocente e inmortal pero cayó de este paraíso. Por la psicología moderna porque la “unidad psicósomática” significa que cuerpo y alma no son dos seres independientes sino dos dimensiones interdependientes de un ser: usted o yo. Por lo tanto, la muerte espiritual en el alma (es decir, el pecado) está conectada naturalmente con la muerte física en el cuerpo.

- 3) Finalmente, la muerte es ahora un evento sobrenatural, un camino al cielo. Porque Cristo le ha dado a la muerte este nuevo significado. “Y para los que mueren en la gracia de Cristo, es una participación en la muerte del Señor para poder participar también en su Resurrección.⁵⁵⁴” (C 1006). Usando el viejo himno coral, “Abre nuestros ojos,” un cristiano podría cantar: “Habéis hecho la muerte gloriosa y triunfante, pues por sus portales entramos a la presencia del Dios vivo”.

4. *¿Es la muerte buena o mala?*

Ambas. Así como Dios convirtió el peor mal *espiritual* – el pecado del hombre asesinando a Dios – en lo mejor que nos haya sucedido a nosotros en este mundo, el suceso que salvó al hombre del pecado, para que nosotros celebremos

este suceso como “Viernes Santo,” así Dios convirtió el peor mal físico – la pérdida de todos los bienes físicos en la muerte – en lo mejor que nos sucede en esta vida: la puerta a la vida eterna, por la resurrección corporal de Cristo, que es también nuestra, si estamos incorporados a ese cuerpo por la fe y el bautismo.

La muerte es, por lo tanto, muy mala y muy buena (si estamos en Cristo). Es muy mala porque lo que se pierde es muy precioso: la vida, el cuerpo, el mundo entero para el individuo que muere. Cristo lloró en la tumba de su amigo Lázaro, y también debíamos llorar nosotros si amamos la vida como Él la amó. Pero la muerte también es muy buena si morimos en Cristo, porque lo que se gana es infinitamente más de lo que se pierde. “Pues para mí la vida es Cristo, y el morir, una ganancia”, dijo San Pablo (Flp 1 ,21). Porque si vivimos en Cristo, la muerte sólo significa más de Cristo, y más vida. Este cuerpo muere, como una preciada pequeña semilla, pero surge un imponente cuerpo como una grandiosa y gloriosa planta (vea Jn 12,24 y 1 Co 15,35-53).

5. *¿Cómo transforma Cristo la muerte?*

“La muerte fue transformada por Cristo... La obediencia de Jesús transformó la maldición de la muerte en bendición⁵⁶¹” (C 1009).

La muerte también es “Cristocéntrica”. El significado más profundo de la muerte es revelado sólo en la muerte y resurrección de Cristo. Como dice Pascal: “Aparte de Jesucristo no podemos saber el significado de nuestra vida o de nuestra muerte, de Dios o de nosotros mismos” – las cuatro preguntas más importantes que podemos hacer” (*Pensees 417*).

“Jesús vincula la fe en la resurrección a la fe en su propia persona: ‘Yo soy la resurrección y la vida’” (Jn 11,25; C 994).

Él no sólo es el que da la Resurrección, Él *es* la Resurrección. Nuestra resurrección no sólo es *causada* por Él, sino que se encuentra *en* Él. Resucitamos porque estamos incorporados al Cuerpo de Cristo.

“La resurrección de los muertos fue revelada progresivamente por Dios a su Pueblo” (C 992). El Antiguo Testamento está lleno de esperanza de que Dios hará alguna grandiosa obra misteriosa de resurrección después de la muerte; pero sólo los últimos profetas lo anuncian. Dios adiestró a su pueblo escogido a amarlo primero por Él mismo (“Yo soy Yahvé, vuestro Dios... sed santos, pues Yo soy santo” - Lv 11,44), no sólo por sus dones. Sólo después de que esa lección fue aprendida Él reveló su gran regalo de la Resurrección.

Esto es ahora mucho más que una “esperanza” en el sentido débil y mundano de un *deseo*. Es parte de nuestra “esperanza,” en el sentido fuerte bíblico de una *garantía* de Dios, quien siempre cumple sus promesas. El servicio funerario de la Iglesia lo llama “la esperanza segura y cierta de la Resurrección”. Porque la promesa de Dios es que “del mismo modo que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos, y que vive para siempre, igualmente los justos después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado...⁵³⁰” (C 989).

6. *La actitud cristiana hacia la muerte*

Puesto que la muerte es natural, no natural y sobrenatural (ver párrafo 3), debemos tener tres actitudes correspondientes hacia ella.

Puesto que es natural, nosotros sinceramente la confrontamos y aceptamos como un hecho de nuestro ser, en vez de huir de ella con interminables desvíos de nuestra

atención, o viviendo en negación, pretendiendo que no está ahí.

Como también no es natural, el castigo inescapable por el pecado, la odiamos y luchamos contra ella como nuestro enemigo, “el último enemigo” (1 Co 15,26).

Finalmente, como también es sobrenatural, transformada por la Resurrección de Cristo, le damos la bienvenida. Porque si estamos en Cristo, la muerte nos viene como el carruaje de oro de Dios enviado a buscar su novia Cenicienta en las cenizas de este mundo moribundo para llevarla a su castillo de oro para vivir con Él en éxtasis eterno.

El elemento que satura estas tres actitudes es *estar preparado*. “La Iglesia nos anima a prepararnos para la hora de nuestra muerte (‘De la muerte repentina e imprevista, líbranos Señor’...), a pedir a la Madre de Dios que interceda por nosotros ‘en la hora de nuestra muerte’ (Avemaría), y a confiarnos a San José, patrono de la buena muerte” (C 1014).

“Habrás de ordenarte en toda cosa como si luego hubieses de morir. Si tuvieses buena conciencia no temerías mucho la muerte. Mejor sería huir de los pecados que de la muerte. Si hoy no estás aparejado, ¿cómo lo estarás mañana?⁵⁷⁰ (C 1014).

7. *¿Qué sucede al morir?*

Nosotros tememos naturalmente a la muerte porque le tememos a lo desconocido, y la muerte nos parece como lo gran desconocido, una inmensa oscuridad. La Iglesia nos da una luz de Cristo en esta oscuridad, para que podamos rezar verdaderamente con David en el Salmo 23: “Aunque fuese por valle tenebroso, ningún mal temeré, pues tú vienes conmigo”.

Lo que sucede al morir no es *extinción*. Las almas no pueden ser destruidas como los cuerpos.

Lo que sucede al morir *no es reencarnación* en otro cuerpo mundano y otra vida mundana. “El destino de los hombres es que mueran *una* sola vez, y luego ser juzgados” (Hb 9,27).

Lo que sucede al morir *no es un cambio a ángel*. Dios creó a los ángeles, hombres y animales para ser diferentes, no para ser confundidos. Los ángeles no tienen cuerpos mortales, los animales no tienen espíritu inmortal; el hombre tiene ambos.

Lo que sucede al morir *no es un cambio a fantasma*, una copia pálida de lo que éramos en vida. Dios tiene algo más sustancial, no menos, preparado para nosotros. (Dicho sea de paso, aunque la Iglesia niega la reencarnación, no niega la existencia de fantasmas).

Lo que sucede al morir es el “*Juicio Particular*”. Dios infaliblemente sabe y juzga a cada alma como 1) capaz de entrar inmediatamente al cielo, o 2) con necesidad de ser purificado primero en el Purgatorio, y luego capaz de entrar en el cielo, o 3) fijado para siempre (puesto que nuestra vida ha terminado) en el pecado sin arrepentimiento y con capacidad solo para el infierno.

Luego, en el “Juicio General” al final de los tiempos, existe la “Resurrección General” del cuerpo, que compartirá el destino eterno del alma.

La respuesta a “¿Qué sucede al morir?” depende de tres cosas.

- 1) Depende de nosotros: de nuestra libre selección de Dios o en contra de él, y de nuestro grado de santidad. Hay dos caminos: a la vida y a la muerte (Sal 1; Sap 3,1-8), y Dios nos dio la dignidad increíble y alarmante de decidir nuestro propio destino eterno.
- 2) Pero no depende totalmente de nosotros; porque depende de la justicia y la vida eterna, que nosotros

no podemos cambiar. Aun Dios no puede cambiar esto, porque es su propia naturaleza. La verdad es eterna e inevitable. Nos podemos esconder de ella solo temporalmente, y aun así sólo podemos esconder a Dios de nuestra vista, no nosotros de él – como un bebé jugando a “te veo, no te veo”.

- 3) También depende de la gracia y de la misericordia de Dios. Nadie puede comprar el cielo, ni forzar la mano de Dios. Todos los que se salvan, se salvan por la libre decisión de Dios de ser misericordioso. Somos salvados por la misericordia, no por la justicia. Los ciudadanos del infierno dependen de la justicia, y la reciben. Los ciudadanos del cielo se cobijan con la Misericordia.

8. El significado de la resurrección

Podemos descubrir el hecho de que nuestras almas son inmortales por el uso apropiado de nuestra razón natural, puesto que las almas son inmortales debido a su propia naturaleza: no son materiales ni biológicas. Pero sólo la revelación divina nos puede informar sobre la resurrección del cuerpo, puesto que se necesita un acto sobrenatural de Dios para resucitar cuerpos.

“El término ‘carne’ designa al hombre en su condición de debilidad y de mortalidad.⁵³² La ‘resurrección de la carne’ significa que, después de la muerte, no habrá solamente vida del alma inmortal, sino que también nuestros ‘cuerpos mortales’ (Rm 8,11) volverán a tener vida” (C 990).

¿Qué significa esto? “*¿Qué es resucitar?* En la muerte, separación del alma y del cuerpo, el cuerpo del hombre cae en la corrupción, mientras que su alma va al encuentro con Dios [en el “Juicio Particular”], en espera de reunirse con su cuerpo glorificado [en el “Juicio Final”]. Dios en su

omnipotencia dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible uniéndolos a nuestras almas, por la virtud de la Resurrección de Jesús” (C 997).

Nuestra resurrección depende de Cristo; somos resucitados sólo en él. Su Cuerpo resucita, y nosotros somos colocados en su Cuerpo. Esto se hace por la fe y el bautismo. Puesto que la Iglesia es su Cuerpo, y el “arca de salvación”.

9. La resurrección es más que inmortalidad

El significado de la resurrección de Cristo no fue meramente que era prueba visible de vida después de la muerte. La inmortalidad del alma siempre fue cierta y la razón humana siempre la podía conocer. Pero la resurrección de Cristo trajo una nueva realidad al universo: un nuevo tipo de cuerpo, un cuerpo humano que era tan inmortal como el alma.

La inmortalidad del alma no es una idea que es singular al cristianismo. Muchas religiones la enseñan. Pero la resurrección del cuerpo, anticipada por los profetas judíos, se hizo realidad sólo en Cristo.

La resurrección con Cristo es una esperanza muchísimo mayor que la mera inmortalidad. La inmortalidad no es siquiera necesariamente una buena cosa. Si la ciencia descubriera alguna vez cómo hacer inmortales nuestros cuerpos actuales, por medio de la ingeniería genética, esto no nos daría el cielo en la tierra, sino el infierno en la tierra. Seríamos como huevos que nunca se incubaron. Sabemos cómo es ese olor.

Un suicida no quiere inmortalidad. Quiere morir, pero no lo puede hacer. Quiere matar su alma, pero no lo puede hacer. Está eternamente frustrado. La inmortalidad puede ser el infierno. (“*Puede ser*” - no todos los suicidas van necesariamente al infierno, puesto que muchos tienen

motivos mixtos, mente y corazones confundidos, y no tienen el pleno conocimiento ni el pleno consentimiento necesarios para un pecado mortal. Los que son parcialmente sanos son solamente parcialmente responsables de sus pecados).

10. ¿Es irracional la resurrección?

Los cristianos en Corinto, a quienes San Pablo escribió dos epístolas en el Nuevo Testamento, aparentemente pensaban que la resurrección de Cristo (y la suya propia) no podía ser literalmente real, no una resurrección del *cuerpo*, sino (como actualmente enseñan muchos teólogos modernistas) una “resurrección de fe” - algo que estaba en los corazones y vidas de los discípulos más que una resurrección real del cuerpo de Cristo; una “resurrección de fe de Pascua” ¡sin una verdadera pascua! Los corintios pensaban que la idea de una resurrección literal era cruda, ingenua e irracional.

Para la respuesta de San Pablo, lea el primer capítulo de su primera Carta a los Corintios, especialmente los versículos 12-19.

“Desde el principio, la fe cristiana en la resurrección ha encontrado incomprendimientos y oposiciones⁵⁴³... Se acepta muy comúnmente que, después de la muerte, la vida de la persona humana continúa de una forma espiritual. Pero ¿cómo creer que este cuerpo tan manifiestamente mortal pueda resucitar a la vida eterna?” (C 996).

La respuesta es: Porque “para Dios todo es posible” (Mt 19,26). El Dios que creó todo el universo de la nada sin duda puede hacer el milagro menor de hacer un cuerpo inmortal de uno mortal.

Más bien, la pregunta debería ser: Cómo no lo podríamos creer, puesto que Cristo, junto a sus apóstoles, y los sucesores de ellos en la gran cadena de testigos de la

Resurrección que es la Iglesia, es quien lo dice. La Resurrección no es una idea filosófica aceptada y basada en la autoridad muy falible de la razón humana; es una realidad aceptada y basada en la autoridad infalible de la revelación divina.

11. ¿Quién resucitará?

“*¿Quién resucitará?* Todos los hombres que han muerto: ‘los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación’” (Jn 5,29)⁵⁴⁵ (C 998).

12. ¿Cuándo resucitarán?

“‘[E]n el último día’, (Jn 6, 39-40, 44, 54; 11,24) ‘al fin del mundo.’⁵⁴⁹ ... ‘El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar’ (1 Tes 4,16)” (C 1001).

13. ¿Cómo resucitarán?

“Cristo resucitó con su propio cuerpo ... pero Él no volvió a una vida terrenal. Del mismo modo en Él ‘todos resucitarán con su propio cuerpo, que tienen ahora,⁵⁴⁶ pero este cuerpo será ‘transfigurado en cuerpo de gloria’...⁵⁴⁷” (C 999).

No sabemos cómo Dios hará esto – si usará la materia de nuestros cuerpos viejos, muertos, o si hará materia nueva, un nuevo tipo de materia para nuestros nuevos cuerpos. Pero sabemos que “seremos semejantes a él” (1 Jn 3,2).

“Este ‘cómo’ sobrepasa nuestra imaginación y nuestro entendimiento” (C 1000). No debería, sin embargo, sobrepasar nuestro entendimiento de que las obras de Dios deberían sobrepasar nuestra comprensión. Admiración y

asombro (*thaumadzein*) es la forma típica de su presencia a través de la narrativa de las Escrituras.

14. ¿Qué sabemos de nuestros cuerpos resucitados?

La única información real de lo que sabemos sobre nuestra futura resurrección proviene de los relatos del Evangelio respecto al cuerpo resucitado de Cristo. Se reconocía como Cristo; tenía continuidad con su cuerpo anterior; era él y no otro. Y, sin embargo, era diferente - tan diferente que al principio sus propios discípulos no lo reconocían - y luego sí (Lc 24,13-32; Jn 20,11-16; 21,1-13). Podía atravesar paredes (Jn 20,19) y ascender al cielo (Hechos 1,9-11). Sin embargo, era un cuerpo, no un fantasma; podía comer y ser tocado (Lc 24,36-43; Jn 20, 19-29; Mt 28,9).

15. ¿Por qué resucitaremos?

Porque Dios nos ama, y ama la vida. Aquel que nos ha ordenado, a través de su profeta Moisés, a “escoger la vida” (Dt 30,19) practica lo que predica. El quien es vida misma, vida eterna, escogió crear numerosas formas de vida temporal, culminando en el hombre; y cuando el hombre escogió la muerte Dios escogió restaurar el hombre a la vida plena, cuerpo y alma. “Pues el salario del pecado es la muerte; pero el don de Dios, la vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rm 6,23).

16. La importancia del cuerpo en el cristianismo.

La resurrección de Cristo otorga nueva dignidad a nuestros cuerpos al revelarnos un destino eterno nuevo, inesperado y glorioso para ellos. Dice C.S. Lewis; “Estos cuerpos pequeños y perecederos que tenemos ahora nos fueron dados de la misma forma en que se regala un caballito a un estudiante. Tenemos que aprender a entrenarlos: no que

algún día quizás no tengamos necesidad de los caballos, sino para que algún día podamos montarlos sin silla, con confianza y regocijo, esas grandes montas, esos caballos con alas, brillantes e impresionantes que a lo mejor ahora nos esperan con impaciencia, escarbando la tierra con sus patas y resoplando en los establos del Rey” (*Miracles*). “Esperando este día, el cuerpo y el alma del creyente, participan ya de la dignidad de ser ‘en Cristo’” (C 1004).

En la mayoría de las religiones (por ejemplo, el hinduismo), sólo el espíritu es *inmortal*. En algunas (p. ej., el gnosticismo), sólo el espíritu es *bueno*. En algunas (p. ej. el budismo), sólo el espíritu es *real*. Pero para los cristianos, el cuerpo es real, bueno e inmortal. Ninguna religión exalta la materia y el cuerpo como lo hace el cristianismo.

- 1) Dios lo creó y lo declaró “bueno” (Gn 1).
- 2) Dios unió el cuerpo del hombre con su alma inmortal para hacer una sustancia, un ser.
- 3) Y por consiguiente hizo el cuerpo inmortal como el alma, por medio de la resurrección.
- 4) Él usa la materia para hacer nuevas almas eternas, en una relación sexual.
- 5) Él se encarnó en materia y con un cuerpo humano.
- 6) Y se quedó con su cuerpo humano para siempre. Desde que Cristo llevó su naturaleza humana, cuerpo y alma, al cielo en la Ascensión, Dios tiene un cuerpo para siempre. Cristo no se “desencarnó” cuando ascendió”.
- 7) Ahora Él usa la materia para salvar almas en el Bautismo y la Eucaristía.

“La carne es soporte de la salvación”⁵⁷². Creemos en Dios que es el creador de la carne; creemos en el Verbo hecho carne para rescatar la carne; creemos en la

resurrección de la carne, perfección de la creación y de la redención de la carne” (C 1015).

Casi todas las otras religiones son religiones sólo de espíritu. Identifican la bondad, sólo con las buenas *intenciones* y la buena *voluntad*. Pero el cristianismo no separa el espíritu como sagrado de la materia como profana; la materia también es sagrada. Dios no restringe la religión a la espiritualidad o interioridad solamente. Creó cuerpos al igual que espíritus; ordenó y prohibió ciertas acciones externas así como ciertas intenciones internas; y nos redimió del pecado y de la muerte al asumir un cuerpo humano, derramando su sangre y resucitando en cuerpo de la muerte.

Otras religiones buscan “espiritualidad”. Pero el cristianismo busca *santidad*. El ser un *espíritu* no significa necesariamente ser *bueno*; el ser más malvado que existe, el Demonio, es un espíritu puro, un ángel caído. No se puede culpar el pecado respecto a la materia o el cuerpo, que Dios hizo y volverá a hacer, sino en nuestra propia mala voluntad y en nuestras malas decisiones. Nuestros pecados serán destruidos eternamente, pero nuestros cuerpos no.

Las consecuencias morales prácticas de esta doctrina de la resurrección como destino del cuerpo son radicales, especialmente para la cultura contemporánea. “[En esta] dignidad de ser ‘en Cristo’ donde se basa la exigencia del respeto hacia el propio cuerpo, y también hacia el ajeno...” (C 1004). “¿No sabéis que nuestros cuerpos son miembros de Cristo?... ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ... ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? ¡Habéis sido bien comprados! Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo” (1 Co 6,15, 19-20).

El origen del hedonismo y el materialismo moderno (especialmente la “revolución sexual”) *no* es el descubrimiento del bien o la grandeza del cuerpo, sino la negación de ello, por la separación gnóstica del cuerpo del espíritu, por el confinamiento de la religión y la moralidad a la intención subjetiva (la idea errónea de que si es motivado por amor, está bien hacer lo que nos plazca con el cuerpo). El “materialismo” del hombre del mundo verdaderamente surge de la negación de la santidad de la materia y del cuerpo, que luego es usado como una mera herramienta, una forma de llegar a la finalidad del placer y la excitación. Su fin es subjetivamente los buenos sentimientos en el alma, no el bien objetivo del cuerpo.

Notas del Catecismo en el orden en que aparecen en Citas usadas en esta sección:

⁵⁵³ Cf. Gn 2,17.

⁵⁵⁴ Cf. Rm 6,3-9; Flp 3,10-11.

⁵⁶¹ Cf. Rm 5,19-21.

⁵³⁰ Cf. Jn 6,39-40.

⁵⁷⁰ Imitación de Cristo, 1,23,1.

⁵³² Cf. Gn 6,3; Sal 56,5; Is 40,6.

⁵⁴³ Cf. Hch 17,32; 1 Co 15,12-13.

⁵⁴⁵ Cf. Dn 12,2.

⁵⁴⁹ LG 48.

⁵⁴⁶ Concilio de Latrán IV; DS, 801.

⁵⁴⁷ Cf. Flp 3,21.